

& rectius divinarum scripturarum mysteria valeatis penetrare. Cum autem in sacris paginis schemata, tropi, & his similia inserta inveniantur, nulli dubium est, quod ea unusquisque legens tanto citius spiritaliter intelligit, quanto prius in litterarum magisterio plenius instructus fuerit. Su hijo Ludovico Pio habla así á los Obispos en los Capitulares: *Scholas sane ad filios, & ministros Ecclesie instruendos vel edocendos. . . à vobis ordinari non negligatur (a)*; como si las escuelas se hubiesen establecido con el unico fin de formar eclesiásticos. Los mismos maestros hacian cortos progresos en sus estudios, y por consiguiente era poca la doctrina, que podian enseñar á sus discipulos. Gervoldo Abad de Fontenelle abrió escuela en su Monasterio para introducir la cultura: *Scholam* (dice la cronica del mismo Monasterio) *in eodem Monasterio esse instituit, quoniam omnes pene litterarum ignaros invenit*; y lo que unicamente se enseñó en esta escuela fue el canto.

(a) Capit. lib. II cap. V.

to. Vino despues el sacerdote Harduino para hacerla florecer en las letras, y se contentó con dar lecciones de escribir y contar. El grande Alcuino, que en sentir de los escritores coetaneos parece el hombre mas docto y erudito que ha habido en el mundo, no era al fin otra cosa que un mediano teólogo, ni sus decantados conocimientos filosóficos y matemáticos se extendian á mas que á algunas sutilezas dialécticas, y aquellos primeros elementos de musica, aritmética y astronomía que son precisos para el canto y cómputo eclesiástico. Entonces el que sabía regular con el curso del sol y de la luna las fiestas movibles de la Iglesia, y formar con alguna exactitud un Kalendario, era un singular matematico y un astrónomo incomparable, y estaba reputado por un Hypparco y un Toloméo entre los legos que no sabían leer: y los clerigos que apenas entendian la lengua latina. Basta leer las mismas obras de Alcuino, para conocer quan baxa idea tenían de la literarura los escritores, que ensalzan con desmedidos elogios la pureza de

su estilo, su inteligencia en las lenguas, y su exacto conocimiento de la filosofía, matemáticas y teología. Teniendo los promotores y maestros tan limitadas las ideas de las ciencias, ¿qué progresos podían esperarse de las escuelas que erigieron? Se fundaban escuelas; pero para leer, cantar, contar y poco más: se nombraban maestros; pero bastaba que supiesen gramática: y si alguno llegaba á entender un poco de matemática y astronomía, era mirado como un oráculo; todos creían deberle respetar, y pocos eran los que se consideraban obligados á imitarle: se buscaban libros; pero libros solamente eclesiásticos: en toda Francia no se encontraba un Terencio, un Ciceron ni un Quintiliano. ¿Cómo podían ser excelentes oradores aquellos, que en la retórica solo buscaban el conocimiento de los tropos y figuras para entender los libros Sagrados? ¿Qué gusto de latinidad, y qué pureza de estilo podían adquirir el que satisfaciéndose con una gramática imperfecta, no buscaba los buenos exemplares de la antigüedad? Los hymnos, las poesías ecle-

eclesiásticas y las obras de algunos Padres se tomaban por modelo de buen gusto, para escribir en prosa y en verso, y entre ellos era tenido por un Tulio el que más se acercaba al estilo de San Gerónimo, ó de Casiodoro. Por lo que mira á las ciencias, no se pensaba en saber más que lo preciso para poder cumplir con las funciones eclesiásticas; y se hubiera tenido por temerario y herético atrevimiento el usar de algun genero de libertad filosófica, para adelantar un solo paso sobre lo que habían dicho Boecio, Marciano Capela, San Isidoro y Beda. Ahora pues, si quien aspire á ser un Arquimedes, ó un Newton, tal vez conseguirá una medianía en las matemáticas; el que solo se proponga entender los elementos de Euclides, no podrá llegar á adquirir una suficiente inteligencia de los primeros libros. Si Carlo-Magno y Alcuino hubiesen formado justas ideas de la literatura, y según ellas la hubieran promovido, ciertamente habrían sin tantas fatigas dado mayores aumentos á las ciencias profanas, y acarreado mayor utilidad

dad á las divinas. En vez de tantos gastos, viages é incomodidades para corregir los Antifonarios y aprender á cantar, ¿quánto mas conveniente no hubiera sido buscar buena copia de autores del siglo de oro, y hacer aprender la lengua griega, entonces absolutamente necesaria para los buenos estudios? Si en vez de estudiar en las escuelas el canto llano se hubiese hecho tomar el gusto á los buenos poetas y oradores, se hubiera restablecido la perfecta poesía y la sólida eloqüencia. Si los filósofos y matemáticos griegos hubiesen ocupado el lugar de Boecio y de otros latinos, muy inferiores á aquellos en la inteligencia de tales materias, ciertamente hubieran resultado otras ventajas á las ciencias. El entendimiento de los lectores encontrando en los libros de los Griegos explicadas y desentrañadas tantas verdades, de que no tenia noticia, se hubiera aficionado al estudio, y acostumbrado á pensar recta y justamente. La crítica perspicaz, la sana filosofía, la erudicion y la elegancia en escribir fueran sin duda los frutos de las

nue-

nuevas escuelas; y con ellos hubieran podido quedar bien recompensadas todas las fatigas literarias. Con tan ricos adornos ¿qué agradable espectáculo no hubieran presentado las ciencias sagradas? Entendida la Escritura en su sentido genuino, examinados en sus obras los Padres y los Concilios, consultadas las historias eclesiásticas, y puestas en su verdadero aspecto las cuestiones teológicas, hubieran reynado en los sagrados estudios la claridad, la solidez y la verdad, y uniéndose amigablemente hubieran triunfado por todas partes la religion y las letras. Pero teniendo ideas tan baxas de la literatura, y contentandose solo con formar monges y clerigos, que pudiesen servir competentemente á las Iglesias, ni se introduxo el buen gusto de las letras, ni se guardó el decoro debido á la Religion, ni se educaron aquellos eclesiásticos y literatos, que se querian, y eran precisos para el deseado restablecimiento de la cultura literaria. Faltando los libros de los poetas, historiadores y oradores, que podian deleytar, enfadaba la aridez de la gramática; la desa-

bri-

brida y espinosa dialéctica era poco oportuna para llamar la atención de un entendimiento que buscáse la verdad; la mayor parte de los estudiosos ignoraban la astronomía y las matemáticas; y á aquellos mismos, á quienes se les permitía entrar en sus campos, desde luego se les cerraba el paso antes de llegar á ver los bellos frutos que hubieran podido animarles á su prosecucion. Quando por el contrario el poco estudio que se hacia en las escuelas no servia mas que para distraer de una atenta aplicacion, y hacer que se conociese la inutilidad de los estudios que tanto se promovian. Los eclesiásticos se sujetaban á aquellas ocupaciones como á una obligacion de que, si les hubiéra sido posible, se hubieran dispensado y eximido: motivos divinos ó humanos los ligaban á aquel enfadoso ministerio, y ellos solicitaban de todos modos huir de semejantes fatigas. Mal provistos de los medios necesarios para emprender los estudios sagrados, los abandonaban; no se leían los Padres, no se entendia la Escritura, ni menos se sabía qué eran

eran Concilios é historias eclesiásticas; y los mismos que debian instruir al pueblo no podian dexar de padecer equivocaciones en los mysterios de la Religion. Asi cayeron en un total olvido las letras sagradas y las profanas; y los cuidados que Carlo-Magno y sus sucesores pusieron en la cultura de los pueblos, y en el restablecimiento de las ciencias, fueron infructuosos, y en vez de ayudar se puede decir que sirvieron para dar el último golpe á la literatura que iba decayendo, haciendola odiosa, y enagenando los animos de la carrera de los estudios.

La escasez de papel, que empezó á padecerse en aquellos tiempos, contribuyó mucho, como dice Muratori (a), á tan funesto suceso. La division de los Imperios, y la conquista de Egypto hecha por los Arabes, privaron al Occidente del comercio con aquella nacion, y causaron en estas regiones una suma escasez de papel Egypciaco, de modo que obligaba á

La escasez de papel, causa de la mayor decadencia.

Tom. I. Dd no

(a) Diss. XLIII.

no escribir mas que en pergamino. El precio de éste impedia á muchos que trasladasen los libros, y lo que es peor, como se buscaban con tanta ansia los Salterios, los Antifonarios y otros libros de Iglesia, se borraban de muchos pergaminos las doctas obras de autores antiguos para formar libros de coro; y por consiguiente se hicieron muy raros los buenos escritos, y apenas podian hallarse los autores del siglo de Oro. En toda Francia no se encontraban completos los libros *De oratore* de Ciceron, ni las Instituciones oratorias de Quintiliano, como lo escribió Lupo Ferrariense al Papa Benedicto III hácia la mitad del siglo IX. Esta falta de libros se hacia mayor cada dia, y aumentaba mas y mas la dificultad de instruirse; y la ignorancia y barbarie, echando mas profundas raíces, habian dilatado sus confines, y poseían pacíficamente toda la Europa.

Decadencia de la literatura griega por aquellos tiempos.

Al mismo tiempo que la literatura latina estaba sepultada en letargo tan vergonzoso, sufría la griega una suerte igualmente infeliz. El gusto de los buenos es-

tu

tudios, como ya hemos dicho en otra parte, antes se perdió en nuestras regiones que en las orientales; pero finalmente desapareció tambien de ellas, y quedó todo el mundo envuelto en una lamentable obscuridad. Proclo, Marino napolitano, Isidoro de Mileto, Diocles y algunos otros prosiguieron por algun tiempo en cultivar con fruto las matemáticas; mientras Oribasio, Aecio, Alexandro y Paulo Egineta mantenian floreciente la medicina; y la filosofia conservaba algun vigor por el estudio de Juan Filopono y de la escuela Alexandrina. Pero las irrupciones de los Sarracenos y las persecuciones del bárbaro Iconoclasta Leon Isauro, extinguieron enteramente la luz de las ciencias que resplandecia, aunque debilmente, en las escuelas de los Griegos; desde entonces no pudieron ya fixar el pie las tetras, y se vieron sujetas á continuas mudanzas, sin recobrar jamas el perdido esplendor. Los estímulos del célebre Focio, y los cuidados de Barda hicieron que los buenos estudios se restablesiesen por un corto tiempo.

Dd 2

po;

po; y éste último volviendo á poner en pie las escuelas, convidando para ilustrarlas á quantos maestros hábiles pudo encontrar, señalandoles abundantes socorros y valiendose de todos los medios oportunos, hizo, segun dice Cedreno, que reflorecesen de nuevo las ciencias. Basilio y Leon no se olvidaron de conservar á las letras el honor que Barda les habia restituido; pero sin embargo se veían pocos hombres grandes, y apenas merecian el nombre de literatos, un Psello, un Leon y algun otro. La Grecia en tiempo de Carlos el Calvo lloraba de embidia, segun lo refiere Erico Antisiodorensis, *Por ver trasladados á Occidente los privilegios de la sabiduria;* privilegios que antes hemos visto quando cortos fueron en las escuelas de Occidente baxo el imperio de Carlos. En efecto Psello el joven, que vivió en el siglo XI dice, que por haberse desvanecido enteramente las luces de la disciplina filosófica y matemática, tuvo que aprender por sí mismo las ciencias sin auxilio de maestros. *Lumen enim earum extinctum evanuerat.*

Las

Las disputas dialécticas de los dos hombres mas doctos que hubo en Constantinopla, Psello y su discipulo y rival el famoso Italo, hacen ver que los estudios de la Grecia no eran muy distintos de los de Occidente. El erudito Eustacio y algun otro, que se dedicó á investigaciones mas amenas, no bastaron para restablecer el buen gusto; y los estudios de los Griegos cayeron en la misma depravacion, en que yacian los de los Latinos. En este infeliz estado se encontraba la literatura européa quando una luz benéfica vino á iluminarla de donde menos la esperaba, y recibió el principio de su salud de una nacion que le habia causado grandes daños, y de la que los temia tal vez mayores.

CAPITULO VIII.

Literatura de los Arabes.

LA Arabia, península oscura de Asia, Barbarie de los Arabes, pais bárbaro, y trono de la ignorancia y rusticidad, dió acogida á las abandonadas

le-